

Mi experiencia posconciliar

Escandón Domínguez, Carlos

2009

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/3554>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

MI EXPERIENCIA POSCONCILIAR*

Carlos Escandón D. SJ**

¿Has abierto el día?

Es un paraíso: todo puede suceder.

PILAR ALVEAR GARCÍA

Lo que hemos visto y oído os lo
anunciamos a vosotros, a fin de que
viváis también en comunión con
nosotros.

JN. 1, 2-3

Era una noche ya lejana de 1962; las luces del sur de la ciudad de México se veían desde la azotea del entonces Colegio Máximo de Cristo Rey, o Filosofado y Teologado de los Jesuitas, actualmente Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM).

Platicábamos paseando en la azotea dos hermanos estudiantes de teología con nuestro querido maestro de Historia de la Iglesia, el padre Daniel Olmedo, SJ, recién nombrado perito del Concilio para asesorar a los obispos mexicanos reunidos ya en el Vaticano.

Recuerdo sus palabras: «Sí hermanos, el Concilio de Trento duró cien años para ponerse en práctica en la Iglesia de entonces. ¿Cuántos

* Participación de Diálogo Fe-Cultura, otoño 2002.

años serán necesarios para vivir lo que este Concilio proponga y enseñe en estas sesiones para un mundo más complejo?»

Aquella conversación con un hombre sabio y conocedor de la historia ha resonado muchas veces en mis oídos y le quisiera pedir consejo a mi maestro, quien ya ve la historia desde la Atalaya de la eternidad, pero pedir ese consejo ya no me es posible.

Cuando me pidieron escribir algo sobre mi experiencia del Concilio, a casi 40 años de su solemne clausura a la cual asistí en la fiesta de la Inmaculada Concepción del año 1965, mi primera respuesta fue resistirme porque ni soy teólogo, ni he vivido la estructura eclesial en puestos pastorales que me hayan obligado a estudiar y compartir muchos de los documentos emanados del Concilio; sin embargo, cuando insistieron y afirmaron que la intención era recoger una experiencia de un no-especialista sino de un sacerdote ordinario dedicado al diario trabajo de la educación y el acompañamiento espiritual, entonces acepté con la única expectativa de exponer mi experiencia por si esto puede ayudar a alguien. Escribo pues, para ese alguien que no sé quién sea, cómo se llame y dónde esté.

Mi escrito tendrá tres partes: mi formación preconiliar, mi vivencia del Concilio y mi experiencia posconciliar.

Mi formación preconiliar

Quiero de entrada decir que agradezco a mis maestros y superiores la larga formación que me regalaron. Muchísimas cosas ya están en el cofre del inconsciente sanamente olvidadas, pero el interés de tantas personas por mi formación y los largos años de entrenamiento, jamás lo olvidaré. La orientación del encuentro con la literatura clásica greco-latina, el repaso de las ciencias básicas y las matemáticas para sumer-

gornos en la filosofía escolástica, y después de la experiencia del magisterio, los años de teología dejaron en mi vida una actitud ante los problemas de la ciencia y los infinitos misterios de la existencia.

Esto, no obstante, debo afirmar que toda mi formación fue *preconciliar*, es decir, fui formado en el final de la modernidad. Viví toda la estructura que vería yo derrumbarse cacho a cacho después del Concilio, pero en aquel momento se veía y se creía profundamente sólida, monolítica, casi perfecta, impecable. Nuestras tesis eran absolutamente ciertas, teníamos la verdad agarrada del cuello.

La estructura de la modernidad iniciada en el Renacimiento y afianzada en los siglos XVIII y XIX se vio reafirmada a principios del siglo XX con el positivismo científico y el racionalismo filosófico. Los conceptos, las estructuras racionales, la cuantificación de los fenómenos y la formulación de sus procesos dejaba inerme y desnuda a la realidad quitándole todo el ropaje de su misterio. La objetivación del conocimiento natural y humano creía dominar la realidad existencial. Fue necesario en 1945, la posguerra, la Europa devastada, Sartre quien volvería a leer a Kierkegaard, para aceptar que el mundo había cambiado, para aceptar la debilidad de la razón. Pero en los grandes Seminarios Católicos la Escolástica vivía todavía las «certezas» del racionalismo conceptual decimonónico conservadas como las polvorientas barricas de los vinos añejos en las tradicionales cavas.

Las tesis de la filosofía escolástica eran lógicamente impecables, pero varios supuestos de sus premisas no se cuestionaban. Las verdades teológicas tenían fundamentos dogmáticos también aceptados, por tanto había que oír a san Anselmo: «*Intellectus quaerens Fidem et Fides quaerens Intellectum*».

A esta postura intelectual de seguridad dogmática y metafísica (conceptual), seguía existencialmente en el orden práctico organizacional

una estructura eclesial vertical de autoridad no discutida que le daba «fuerza» al que-hacer y en cierto modo al ser de la Iglesia en sus diversas instancias.

Todo parecía lógico y correcto, pero el mundo había cambiado y no se estaba repensando ni dialogando en él ni con él. El siglo XX nacido en la modernidad había sufrido en su primera mitad el horror y la sangre de dos guerras mundiales con millones de muertos, y la ciencia positiva que en el siglo XIX prometía *orden* y *progreso* indefinido al ser humano, trajo la incertidumbre y los saltos cualitativos hermenéuticos desde la Física newtoniana a la Física cuántica, subatómica, la relatividad de Einstein y la probabilidad por nombrar unos cuantos caminos nuevos de ver e interpretar el mundo material. ¿Y qué con el misterio del hombre? La Filosofía conceptual entró en crisis. Surge el existencialismo y formas nuevas de pensar. Nace el psicoanálisis con el descubrimiento freudiano del inconsciente.

La Filosofía de la modernidad que creía firmemente en el reinado de la diosa razón se encontró divorciada del mundo real que en muchos puntos trascendía ya la explicación racional. El concepto con su gran fortaleza también descubría su debilidad. El ser humano seguro en exceso de sí mismo se sentó confundido y asustado en la banqueta a contemplar ciudades bombardeadas y una cultura occidental agonizante. Se olvidó del SER y se perdió el sentido de la existencia.

Mi vivencia del Concilio

Los caminos de Dios no son nuestros caminos. Mis superiores me enviaron recién ordenado sacerdote y después de diez meses de estudio y experiencia de la espiritualidad de la Compañía de Jesús en España, a la Universidad Gregoriana en Roma para sacar un doctorado en Filosofía

para continuar la formación de mis futuros hermanos jesuitas. No voy a comentar mis estudios de doctorado, lo que quiero es decirles que por esta razón, yo pude tener una vivencia casi inmediata del Concilio en su segunda parte convocada ya por su Santidad, Pablo VI.

La Providencia hizo que reencontrara en Roma a mi maestro de Historia de la Iglesia, entonces en pleno servicio de asesor de nuestros señores obispos mexicanos. Varias veces visité al padre Olmedo en la Curia del Padre General y salimos a pasear por las calles vecinas al Vaticano, donde el Espíritu Santo trabajaba en el corazón de más de 2,500 obispos reunidos en largas horas de reflexión y diálogo a veces nada sencillo y en ocasiones muy polémico. Todos estos chismes los platicábamos de maestro a alumno y de hermano a hermano. Fue como vivir lo humano y lo divino de la Iglesia. El Papa bueno, Juan XXIII, con su gran sentido del humor dijo: «abramos las ventanas de la Iglesia» y al abrirlas entró el ruido, la confusión del mundo y también la luz del Espíritu Santo. Mi experiencia fue de sorpresa, de esperanza y de confrontación. La Iglesia no podía ser la misma después del Concilio. Por eso se dice que el Concilio Vaticano II fue el concilio de la Iglesia. Después del estudio sobre la liturgia, el orden cronológico de las discusiones fueron primero sobre la Iglesia, luego sobre los obispos y después sobre el ecumenismo.

De este trabajo salió la Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia. Pretende aclarar a los fieles y a todo el mundo, la esencia y misión de la Iglesia.

También nos dio el Concilio la Constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la divina Revelación. La intención no fue presentar temas teológicos de la revelación sino más bien la respuesta de fe del creyente y la responsabilidad de la evangelización.

Pero el documento más leído, más discutido y más citado fue la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual.

Aquí el Concilio pone a toda la Iglesia a dialogar con el mundo real, actual, en el parteaguas de la modernidad con el posmodernismo. De allí su grito de dolor y esperanza con que comienza el texto: «El gozo y la esperanza, las lágrimas y angustias del hombre de nuestros días... son también gozos y esperanzas, lágrimas y angustias de los discípulos de Cristo».

Con la vivencia inmediata de mi maestro seguía yo los últimos días del Concilio, hasta que el 8 de diciembre de 1965 me sumé sin confundirme a los miles de hombres y mujeres que en la plaza de San Pedro vivimos la larga procesión de obispos, patriarcas y cardenales que concelebraron con Pablo VI y escuchamos la homilía de acción de gracias y clausura del Concilio. Fue una mañana de sol brillante y de alegría en el corazón de los cristianos y de quienes tuvimos la suerte de ser testigos de ese acontecimiento.

Mi experiencia, por lo que puedo recordar, fue la de un libro que se cierra y otro que se abre. Estaba viviendo una nueva época. ¿Para qué me iba a servir mi filosofía y mi teología preconconciliar aprendida? ¿Qué iba a permanecer, qué iba a cambiar? ¿Una angustia existencial kierkegardiana asomaba en mi conciencia? ¿Cómo vivir la tradición sin dejar el curso del peregrinar humano? Hube de renovar mi fe en el Cristo de ayer, hoy y siempre. Lo que nuestros ojos vieron, lo que nuestras manos tocaron del verbo de la vida, eso les transmitimos...

El Concilio comenzaba ese mediodía, fiesta de la Inmaculada Concepción de María a ser ya un evento histórico. Era ya un algo del pasado. Comenzaba la época posconciliar.

Mi experiencia posconciliar

Al volver al Colegio Belarmino en el antiguo palacio que san Carlos Borromeo regaló a la Compañía de Jesús, ubicado en la vía del Semina-

rio vecino al milenario Panteón Romano, mi conciencia, mi fantasía, mi memoria, me daban muchas vueltas. Los cursos de la Gregoriana seguirían su programa establecido, pero algo había pasado que sacudía la estructura toda de la misión de esa universidad en particular, encargada de formar sacerdotes y muchos futuros obispos para la Iglesia del mundo entero. La plática de la azotea del Seminario jesuita en México volvió a mi memoria. ¿Cuántos años...?

La primera impresión posconciliar que recuerdo, quizá desde aquella misma tarde, es de *incertidumbre*. No veía con claridad el NORTE de mi brújula. Los ojos del búho filosófico se deberían abrir a otros escenarios y redefinir la verdad del acontecer humano. ¿Cómo validar el SER y el SABER? ¿Cómo desde el escurridizo SER analógico explicar la pluralidad en constante cambio? ¿Y en el cambio qué es real de lo que permanece y qué es real de lo nuevo? ¿Y en este devenir del pensar y del SER cómo ver y cómo vivir la Iglesia y su misterio? La seguridad de la autoridad dogmáticamente fundada no tiene ya la misma estabilidad. La incertidumbre existencial iba a tener diferentes salidas, desde la reafirmación en la Fe, hasta el secularismo devastador de la Iglesia y de la sociedad con todos sus puntos intermedios.

La segunda vivencia fue de *esperanza* por la apertura en el diálogo ecuménico con otros creyentes cristianos o no cristianos y con el mundo en relación con sus estructuras económicas, políticas, sociales y culturales. Esa era la atmósfera vivida en círculos de estudiosos y de simples cristianos. La respuesta del Concilio abrió las ventanas y las puertas para oírnos, para escucharnos. Muchos lo deseábamos. Esta apertura hacía un llamado a la *responsabilidad* de nosotros mismos y de los *otros*.

Estos signos de esperanza y apertura no se han entendido igualmente por todos y en ocasiones las puertas y ventanas se han comenza-

do a cerrar un poco ¿por prudencia?, ¿por miedo?, ¿por resabios conceptuales modernistas de la verdad de escuelas teológicas? Todo este proceso a veces me ha causado tristeza y un grado de pesar y desesperanza.

La tercera experiencia posconciliar no fue tan inmediata. Como en los recién casados, fue necesario que pasaran la luna de miel y la convivencia diaria manifestara la verdadera dimensión humana imperfecta de nuestra comunidad eclesial. Somos una comunidad pecadora redimida por Cristo, pero sin dejar de ser falible. Como dice san Pablo: «Aunque subí al tercer cielo... no sé si soy digno del cielo o de condenación». En este caminar incierto y sujeto a la debilidad de la libertad humana apareció el dolor por la «emulación y la contienda» tan fuertemente denunciada por san Pablo en relación a la conducta de los corintios: «Yo soy de Pablo»... «Yo soy de Apolo».

Fueron poco a poco apareciendo las rupturas intraeclesiales. Los lefebristas endurecidos en la tradición litúrgica y lo que ello conllevaba; la ultraderecha presentando la seguridad de una doctrina preconiliar ortodoxa y la ultraizquierda presentando una Iglesia popular sin la autoridad jerárquica de los obispos. Se comenzó a vivir un Cristianismo sin Iglesia, y una Iglesia sin diálogo. Se endureció una Iglesia tradicional contra una Iglesia innovadora. Se comenzó a vivir una verdad individual contra una verdad social, se fue cayendo en el relativismo gnoseológico y de allí a la permisividad bajo el título de tolerancia y respeto al pluralismo. La unidad de la Iglesia comenzó a fracturarse y eso generó en mi experiencia personal mucho dolor y no poca confusión.

Finalmente se van presentando nuevos retos y desafíos. El dolor es parte de la pasión o misterio de la Cruz de Cristo que nos ha de llevar a una resurrección eclesial. Los retos los veo como un fuerte llamado a la interioridad y a la mística. Los fieles tienen hambre y sed de Sentido,

Sed de Dios, hambre de Trascendencia. ¿Habremos tocado fondo? Los desafíos para mí son no creer en la magia, en el esoterismo, en el ocultismo, en los fundamentalismos que suponen un Dios que es igual a energía que creo poder dominar y hacerle servidor de mis carencias, de mis deseos y de mis caprichos, sino creer en el Dios que siempre será mayor que mis deseos, temores y fantasías, por eso todo lo anterior no es Dios trascendente sino un ídolo más que no puede llenar la sed de Infinito que tiene el hombre como pregunta abierta: ¿Quién soy? ¿Para qué o para quién existo?

Así concluyo, para ese alguien para quien he escrito estas notas del corazón, pensando que todavía no he aprovechando ni 5% del regalo de Jesucristo concedido a mi Iglesia y a mi conciencia a través del Concilio Vaticano II cuya clausura tuve la fortuna de vivir en la plaza de San Pedro en diciembre de 1965.